

EL LÉXICO Y LA LECTURA ORAL

ROGER WRIGHT
Universidad de Liverpool

Los lingüistas se dan cuenta hoy en día de que leer en voz alta no tiene las mismas características lingüísticas que hablar; y de que la lectura no tiene las mismas relaciones con el registro escrito que las que tiene el habla. Los sociolingüistas son por lo común los únicos en centrarse en la lectura oral, ya que el estilo lectivo les parece el estilo menos coloquial y por eso se prevé que manifestará la fonética más formal. Pero tales lecturas resultan de una competencia por la parte del lector más que meramente fonética, y vale la pena considerar más de cerca lo que pasa cuando el hablante nativo lee un texto de su propia lengua. Es un tema de sumo interés también para los especialistas de la lingüística diacrónica, ya que, si queremos reconstruir la fonética de una época pasada, tenemos que basar nuestra perspectiva en la evidencia escrita.

LA TÉCNICA DE LA LECTURA ORAL HOY EN DÍA

Cuando se lee en voz alta un texto escrito, lo más usual es que reproduzcamos cada palabra escrita con la forma fonética que tiene en el habla normal. De otra manera, sería difícil que nuestros oyentes lo entiendan, y tal comprensión es lo que intentamos conseguir principalmente. Además, se supone que la versión leída de un texto se compondrá de las mismas entidades léxicas, morfológicas y sintácticas que la versión escrita. Si se trata de un documento legal, es a menudo imprescindible que nada se cambie durante la lectura para que aquél tenga valor. La lectura oral pública de un testamento, por ejemplo, tiene que reproducir las palabras del texto, en el mismo orden, aunque a veces corra así el riesgo de ser poco comprensible en algunos detalles (sobre todo dentro de las formulaicas secciones iniciales y finales).

En las escuelas primarias, la lectura suele aprenderse de manera oral antes de que se aprenda a hacerla de manera callada, de modo que la técnica de tales lecturas ha llegado a ser también un foco de interés para muchos investigado-

RFE, LXXXV, 2005, 1.º, págs. 133-149

res de la psicología de la enseñanza. Los especialistas del alfabetismo, y sobre todo los que se dedican a la enseñanza de los niños, ya llevan años investigando lo que pasa dentro de nuestra competencia lingüística cuando leemos un texto en voz alta; y ahora parece que están más o menos de acuerdo.

Trátese de la lengua que sea, lo primero que tiene que conseguir el lector, y lo más importante, es reconocer cada palabra, en el orden en que las encuentra en el texto. Y es preciso que éstas se reconozcan como entidades enteras. Claro, para conseguir esto, el lector de la escritura alfabética tiene que basarse en el reconocimiento de cada letra individual, pero no puede seguir al paso subsecuente sin saber de qué palabra se trata. Por eso resulta que se usa más o menos esta misma técnica en todas las comunidades de habla; tanto leyendo una modalidad escrita como la del chino, en la que cada símbolo escrito representa una palabra (a menudo sin indicación fonética alguna), como leyendo una modalidad escrita en principio alfabética, como la del francés o del castellano.

Una vez que el lector haya reconocido el símbolo entero del elemento léxico completo, puede continuar con el segundo paso del procedimiento. Este segundo paso es acudir, en la base de la forma escrita, a su léxico mental, para hacerse con la entrada léxica de la palabra de la que se trata. Muchos detalles de cómo se organiza el léxico mental se nos escapan todavía, desde luego, pero tiene que ser posible encontrar nuestras entradas léxicas en la base de la forma leída, más o menos de la misma manera en que las alcanzamos partiendo de la forma fonética oída; porque de otra manera sería imposible entender lo que leemos.

Tampoco sabemos todos los aspectos de la estructuración de la entrada léxica mental que se asocia con cada palabra, pero podemos sentirnos seguros de que entre las noticias que se encuentran allí tienen que incluirse tanto su forma fonológica (expresada allí en fonemas) como su contenido semántico. Y una vez que el lector haya llegado a la entrada léxica que corresponde a la forma escrita, desde aquí hay una diferencia importante entre la lectura oral y la lectura en silencio. Leyendo en silencio, nos fijamos, dentro de la entrada léxica, exclusivamente en el contenido semántico de la palabra; de ahí que un texto se pueda entender aunque el lector no sepa pronunciar las palabras, y de ahí también que sea posible que los sordomudos entiendan lo que leen sin entender nada ni de la fonología ni de la fonética. Leyendo en voz alta, en cambio, tenemos que fijarnos más que nada en la información fonológica de la entrada léxica, para que luego la convirtamos, mediante nuestra competencia fonética, en los sonidos apropiados del habla que le comunicarán al oyente la noticia de la palabra de la que se trata; y de ahí que un texto se pueda reproducir de manera inteligible en voz alta aunque a veces el mismo lector no entienda lo que lee.

En la lectura silenciosa, entonces, actuamos como el receptor del mensaje; igual que el oyente que tiene que interpretar lo que oye, el lector silencioso tiene la tarea de interpretar el contenido semántico de lo que lee, y nada más. Para el que quiera leer en voz alta, sin embargo, la tarea resulta más complicada; tiene que actuar primero como el receptor, para poder acudir a la entrada léxica en la base de la forma escrita, pero luego también tiene que actuar como si fuera el productor de la secuencia lingüística, cuando emplea la información fonológica que encuentra en estas entradas léxicas para emitir luego la forma apropiada fonética.

Sabemos también que la fonética de la lectura no suele ser exactamente igual que la fonética vernácula más coloquial. Eso se ha indicado ya claramente desde las primeras investigaciones sociolingüísticas, ya que Labov se dio cuenta, incluso en la década de 1960¹, de tal variabilidad; y también de que la lectura oral de palabras sueltas, desde una lista, suele ser distinta de la lectura de las mismas palabras dentro de un texto coherente, sobre todo porque en ésta se introducen por fuerza los fenómenos del sandhi (de la fonética sin-táctica) tales como, en el castellano, la sinalefa de las vocales y la fricativación de las consonantes sonoras iniciales de palabra que así resultan intervocálicas dentro de la cadena leída. Pero el sandhi y tal fricativación se suelen dar en lecturas también, y por eso una lectura normal, de un texto coherente, se parece al habla en estos aspectos, aunque se puedan notar diferencias estilísticas entre las dos modalidades (el habla y la lectura). Semejantes distinciones también habrán valido para el pasado; Pedro Sánchez-Prieto Borja², por ejemplo, ha reconstruido algunas de las diferencias que se pueden haber oído entre la fonética del habla y la de la lectura dentro del siglo XIII castellano.

Pero a pesar de tales diferencias, la técnica sigue siendo la misma: incluso tratándose de una lengua cuya forma escrita se parece tanto a la transcripción fonética como lo es la escritura española, tenemos que aceptar que el castellanooyente suele leer palabra por palabra en vez de letra por letra. Sólo nos fijamos en las letras individuales si no hemos conseguido reconocer en seguida la palabra. Sabemos, por ejemplo, que en Castilla se leería la palabra escrita *hallábais* no como [hallábais] —lo que la representaría letra por letra— sino como [ajáβajs] (o quizás aspirada al final, o fricativada en la primera consonante); y que la forma escrita normativa no varía. Sin embargo, aunque haya mucha variabilidad geográfica en la representación, a pesar de la *h*- una [h-] inicial no se oíría en ninguna parte; tampoco, a pesar de la *-ll-*, ninguna [-ll-] geminada; tampoco, a pesar de la *-b-* ninguna [b] oclusiva; tampoco, a pesar

¹ *Sociolinguistic Patterns*, Philadelphia, 1972.

² «Fonética común y fonética de la lectura en la investigación sobre los textos castellanos medievales», *Atti del XXI Congresso di Linguistica e Filologia Romanza*, Tübinga, 1998, 455-70.

de la *-i-* en posición penúltima, ninguna [i] silábica en vez de la yod ([j]). No es que los lectores las hayan reconocido y luego cambiado todas, laboriosamente y cuidadosamente, decidiendo lo que sería cada sonido en su turno; la lectura así sería lenta y casi imposible; lo que hacen es reconocer la palabra entera *hallábais* y leerla con la misma fonética que emplearían al decirla sin texto. Esto, desde luego, aunque parezca obvio ahora, no resultaría tan evidente para un filólogo del año 3000, si éste sólo tuviera a su alcance el texto escrito.

Pero a pesar de todo esto, las diferencias entre el texto leído y el texto escrito no suelen afectar al vocabulario en sí, ni al orden de las palabras, ni a la morfosintaxis. Estos son, tanto ahora como hace mil años, iguales en la lectura oral que lo que se ve en la página y en el pergamino. Incluso si no son elementos usuales (no marcados) del registro hablado.

EN LA ÉPOCA DE ORÍGENES

Lo arriba expuesto se sabe que es lo que suele suceder hoy en día, trátase de la lengua que sea, con tal que la lengua del texto sea lengua nativa del lector; y parece más que probable que en principio haya sucedido más o menos lo mismo hace mil años, a pesar de las diferencias culturales que hay entre la Península Ibérica de los siglos XI y XXI. También es lo que nos dice Pedro Sánchez-Prieto Borja³ acerca del siglo XIV: «para leer no hace falta (ver) linealmente las letras; segmentos de palabras y palabras enteras (saltan a la vista) globalmente» (a diferencia del siglo XIII, en el que se solía escribir de una manera menos cursiva). Según esta perspectiva, en la llamada «Época de orígenes» del español (la de antes de la llegada de las reformas gregoriana y cluniacense de finales del siglo XI), cuando se leía en voz alta un texto escrito, se habrá empleado una técnica idéntica a la de hoy; el lector intentaba reconocer cada palabra del texto, en el orden de su apariencia, y luego, si lo lograba, después de encontrar las noticias fonológicas de la entrada léxica, pronunciaba la palabra con la fonética normal que le daría en su habla cotidiana, utilizando para este fin las técnicas generales de conversión fonológico-fonética que tenía en su competencia lingüística. Así los lectores se podían entender.

Michel Banniard, cuyo gran libro *Viva Voce*⁴ reseñé en estas páginas (en 1993), ha establecido que se tenía la intención y la expectativa, en la antigüe-

³ «La normalización del castellano escrito en el siglo XIII. Los caracteres de la lengua: grafías y fonemas», *Historia de la lengua española*, ed. Rafael Cano, Barcelona, 2004, págs. 423-48, en la pág. 431.

⁴ *Viva Voce: communication écrite et communication orale du IV^e au IX^e siècle en Occident Latin*, Paris, 1992.

dad tardía y en el temprano medio evo, de que los textos se entendieran por el público, si se destinaban a leerse en voz alta. El Papa Gregorio el Magno, por ejemplo, mandaba cartas que quería que se leyesen en público. Banniard encuentra indicaciones semejantes en la obra de San Isidoro de Sevilla. Isidoro prestó atención bastante minuciosa a la técnica de la lectura oral y a la formación de los lectores, que le parecían de una importancia enorme, como explicó el mismo Banniard en su primer artículo⁵. Banniard ha indicado lo mismo en cuanto a la hagiografía cuyas historias se destinaron específicamente a la recitación oral, concretamente con el fin de inspirar a los oyentes a que admiren e incluso imiten al santo.

Este descubrimiento lleva a dos conclusiones fundamentales en cuanto a aquella época. Primero, que lo normal era que las palabras leídas así en estos siglos fueran reconocidas por el público oyente, lo que no sorprende si aceptamos que lo normal es y era que las palabras leídas se oyeran en su forma fonética normal. Pero también señala que por lo común la morfosintaxis del texto, y el contenido semántico de las palabras, debieron entenderse a la vez, al menos por la mayor parte de los oyentes.

En cuanto a la comprensión de la morfosintaxis de los textos leídos durante esta época del temprano medio evo, ésta tampoco nos debe sorprender. Se trata aquí de la comprensión pasiva, que no de la producción activa. Los romanistas hemos venido cayendo en la cuenta de que la llegada de los nuevos rasgos morfosintácticos del romance temprano no supuso la inmediata desaparición de la lengua de los rasgos antiguos que tenían la misma función⁶; por ejemplo, que la llegada de los tiempos compuestos del futuro con *haber* (tipo *cantare habemus*) no significaba en sí que los *tiempos sintéticos* (tipo *cantabimus*) hubieran tenido que caer en desuso en seguida, y que la llegada de nuevo vocabulario (tal como *caballo*) no tenía por fuerza que hacer desaparecer en seguida los sinónimos ya existentes (tipo *equus*). Hay textos de los siglos IX, X y XI que combinan lo nuevo con lo viejo, porque esta época «de orígenes» era también época de amplia variabilidad lingüística y socio-lingüística en la que coexistían como variantes varios rasgos viejos y nuevos; éstos en lo que llamó con acierto Menéndez Pidal⁷ su «estado latente».

De la misma manera, hay que reconocer que esta visión que ya tenemos de la lectura oral nos lleva a la conclusión de que deben de haberse entendido en aquellas épocas (visigótica y de orígenes) varias palabras que no iban a sobre-

⁵ «Le lecteur en Espagne wisigothique d'après Isidore de Sévillia: de ses fonctions à l'état du langage», *Revue Augustinienne*, XXI, 1976, 112-44.

⁶ «El romance, ¿nuevo sistema o nueva colección de rasgos?», *Aemilianensis*, I, 2005, págs. 665-687.

⁷ *Orígenes del español*, Madrid, 1926.

vivir más tarde en el iberorromance del siglo XIII. Varios elementos léxicos se incluyen en los textos escritos de esta época que no se notan más tarde en las composiciones abiertamente romances («deslatinizadas», diría Emiliano⁸); y si queremos deducir que algunas de estas palabras se entendían al oírse incluso durante el siglo XII, habría que suponer que tales palabras habrían desaparecido por fin del vocabulario del iberorromance hacia finales de ese siglo. Pero no veo inconveniente en esta conclusión general, ya que las palabras en cuestión habrían pertenecido, para el siglo XII, sólo a la competencia pasiva de la mayoría de los hablantes; se comprendían, pero apenas se usaban ya de manera activa fuera de contextos formales documentales. De la misma manera, parte del vocabulario legal se encuentra en una categoría parecida hoy en día, e incluso algunos aspectos de la morfología verbal del registro legal; me refiero aquí a las inflexiones desinenciales del futuro del subjuntivo, que se entienden ahora al oírse sin que se usen nunca de forma activa. El tiempo pretérito del francés es igual; formas morfológicas tales como *il chanta* ('cantó') se leen así, y se entienden aunque no se dicen de manera activa (se diría más bien *il a chanté*).

Steven Dworkin, en su excelente contribución al Primer Congreso Nacional de Latín Medieval, se dio cuenta de esta cronología necesaria de varias pérdidas léxicas. Su estudio lo explica muy bien: en la época de orígenes, «aunque el texto tuviera para el oyente cierto resabio arcaico o culto, creía que escuchaba una variedad del mismo código que empleaba en sus actividades cotidianas»; y luego, que tales palabras, las que no sobrevivieron en el romance escrito, por fin desaparecieron de la comprensión pasiva a la hora de las reformas de la escritura de c. 1200⁹. Así era.

ESTUDIOS ANTERIORES

Al decir aquí que las palabras de la lectura oral suelen ser las mismas palabras que las del texto, incluso en la llamada época de orígenes, no digo nada nuevo. Reconociendo que éste es un detalle del mayor interés, pero que no sería fácil entenderlo sin que se hubiera mostrado clara y pormenorizadamente, dediqué muchas páginas de mi libro sobre *Latín tardío y romance temprano*¹⁰ a

⁸ «Latin or Romance? Graphemic variation and scripto-linguistic change in medieval Spain», *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*, ed. Roger Wright, Londres, 1991, 233-47 (reimpresión, Pennsylvania, 1996).

⁹ «Latín tardío y romance temprano: implicaciones léxicas de una hipótesis controvertida», *Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval*, ed. Maurilio Pérez González, León, 1995, 489-94, en las págs. 490 y 493.

¹⁰ *Late Latin and Early Romance (in Spain and Carolingian France)*, Liverpool, 1982, págs. 166-71 y 179-82; *Latín tardío y romance temprano (en España y la Francia Carolingia)*, Madrid, 1989, págs. 250-58 y 269-75.

transcripciones fonéticas reconstruibles de tales lecturas. Insistí con la editorial Cairns en que se incluyeran versiones en el alfabeto fonético internacional de una hipotética lectura oral contemporánea de varios textos de esa época de orígenes, y éstas permanecían iguales en la traducción castellana. Si se estudian, o se leen, por muy someramente que sea, se notará en seguida que no sólo las palabras sino también los morfemas representados en estas transcripciones son siempre exactamente los mismos que los del texto escrito. Había descartado en seguida la posibilidad de que la lectura oral los hubiera cambiado; y en su reseña, publicada en esta revista, Francisco Marcos Marín¹¹ citó con aprobación lo que dije al respecto¹².

Para que esto sea claro, reproduzco aquí una parte de lo que escribí entonces¹³. Estas palabras de un documento del año 908:

Et si quis tamen, cod fieri minime non credo, aliquis tui contra anc uindicionem mea at inrumpendum uenerit uel uenire conauero Imfram uel Imferat pars mea partique tue ipsa terra dublata

venfan transcritas así:

[esekítamne kefjéreménmenokréo alkítie kwéntraŋ
kvendzónemía aenrompjéndovinjére velvenírekonáro
énfra velénfrapártemía pártetekúe ésatjéra ðobláda].

Las palabras de la transcripción reconstruida son las del texto, aunque la fonética se pretende que sea la del León del siglo X.

Lo he repetido y vuelto a repetir con una monotonía tal vez irritante. Dije lo mismo acerca de otro documento semejante, refiriéndome a muchos detalles, pero sin transcripción total, en mi artículo de *Incipit*¹⁴. Le dediqué todo un capítulo de mi libro sobre el iberorromance temprano, *Early Ibero-Romance*¹⁵, además de mi conferencia publicada en las Actas del Congreso Anglo-Hispano de Huelva de 1992¹⁶. En muchos congresos y conferencias he leído tales textos en voz alta, intentando imitar la fonética de la época en que se escribieron, siempre limitándome a las palabras textuales, para aproximarme a la lectura original.

La mayoría de tales presentaciones no se han publicado en *Actas*, ya que son necesariamente orales y hasta dramáticas, pero de vez en cuando he publi-

¹¹ «Latín tardío y romance temprano», *Revista de Filología Española*, LXIV, 1984, págs. 129-45, en la pág. 136.

¹² *Latín tardío...*, pág. 170 de la versión inglesa y 257 de la española.

¹³ *Ibid.*, pág. 252 de la trad. española.

¹⁴ «La no existencia del latín vulgar leonés», *Incipit*, III, 1983, págs. 1-7.

¹⁵ *Early Ibero-Romance*, Newark (Delaware), 1995, cap. 13.

¹⁶ «La escritura: ¿foto o disfraz?», *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano*, vol. I. (*Lingüística*), ed. Ralph Penny, Madrid, 1993, págs. 225-34.

cado otras transcripciones así. La que leí en el Congreso Internacional de Medievalistas de Leeds, hace unos años, llegó a ser el primer ejemplo de tales lecturas aducidas en el capítulo inicial de mi edición del *Tratado de Cabrerros* de 1206¹⁷. De nuevo se verá que mi tentativa de transcripción preserva las entidades léxicas exactas del documento. En el Quinto Congreso Internacional del Latín Tardío y Medieval (Heidelberg, 1997), dediqué toda la sesión a la lectura oral de una sección del testamento de Vela, canon de la catedral de Salamanca, escrito en 1163; aquí nos encontramos hacia el final de esta época «de orígenes», ya que la reforma parece llegar a la catedral salmantina con la llegada del obispo Pedro Suárez de Deza, en 1166: Susana Guijarro¹⁸ descubrió la primera mención de un maestrescuela salmantino en 1174. También consideré el mismo testamento en la edición del *Tratado de Cabrerros*¹⁹, y allí transcribí la lectura oral de esta sección:

Mea maura prendat illa don Pelaio et vestiat illam de meo, et inviet illam a sua terra, et si quesierit seder christiana, donent illa IIII morabetinos

de la siguiente manera:

[mí.a.mó.fa.pfén.da.la.ðom.pe.láj.o i.βfs.ta.la.
ðe.mí.o jem.bí.e.la.su.tjé.ra i.si.ki.sjé.fe.se.éj.
kfis.tjá.na dó.nen.la.kwá.tjo.ma.fa.βe.ðfs]

(El editor de esta edición, Ralph Penny, a diferencia de Francis Cairns, quiso que se incluyera indicación de las fronteras silábicas.) Los testamentos vienen al caso aquí de una manera muy especial, porque sabemos que éstos suelen, y solían, leerse en voz alta en la presencia de los interesados, y que éstos (en principio) tenían que confirmar que lo habían entendido. Al final de este testamento de 1163 se dice, explícitamente, que se leyó en voz alta.

Siempre lo voy ejemplificando. En un Congreso de Utrecht en 1999, cuyas Actas siguen en prensa pero saldrán dentro de poco, volví a elaborar todo esto, con parecidas transcripciones que aparecerán en las Actas. En el Congreso de León celebrado en el octubre de 2003, cuyas Actas también saldrán pronto, volví a repetirlo. Y lo vuelvo a repetir otra vez aquí: que las lecturas orales presentaban el mismo vocabulario del texto, por mucho que el lector haya podido tener la costumbre de usar vocabulario más al día y menos anticuado en su habla coloquial.

¹⁷ *El Tratado de Cabrerros (1206): estudio sociofilológico de una reforma ortográfica*, Londres, 2000, 17-18.

¹⁸ *Maestros, escuelas y libros: el universo cultural de las catedrales en la Castilla medieval*, Madrid, 2004, pág. 239.

¹⁹ *Ob cit.*, págs. 19-22.

Incluso creo que el famoso edicto 17 del Concilio de Tours de 813, de que los sermones se trasladan a la *rustica romana lingua*, exigía que las palabras del texto de las homilias (recién estandarizadas textualmente) se mantuvieran en la lectura, para que se oyeran las mismas que las que hay en el texto, usando la fonética vernácula de la manera normal (la descrita aquí arriba); y creo lo mismo con referencia a su repetición exacta en Mainz en 847, promulgada por el obispo Rhabano Mauro, el mismo Rhabano Mauro que había editado la colección estándar de estas homilias. Algunos romanistas me han criticado por esto, creyendo que allí se habrían requerido traducciones con vocabulario romance; yo no lo creo.

Así que muchas veces he ejemplificado la perspectiva que tengo acerca de la lectura oral en aquella época, mediante minuciosas transcripciones fonéticas e incluso lecturas orales de la hipotética forma leída de las palabras que hay en el texto. De ahí que, para el que se haya tomado la molestia de ver lo que he escrito, sería imposible pensar que yo crea otra cosa.

¿Por qué, entonces, se ha venido declarando tantas veces recientemente que Wright cree exactamente lo contrario de lo que Wright lleva ya más de dos décadas diciendo y hasta gritando?

UNAS REFERENCIAS EQUIVOCADAS

Se verá de lo arriba expuesto que estoy totalmente de acuerdo con el maestro Juan Gil, catedrático de Sevilla, cuando dice, en su capítulo de la recién publicada (y muy imponente) *Historia de la Lengua Española*²⁰: «Pero aunque no sepamos cómo pronunciaban el latín los prelados de Hispania, se me hace muy cuesta arriba pensar ... que la Iglesia visigoda, la más letrada de Occidente, incurriera al recitar textos latinos en los idiotismos propios de la lengua vulgar; otro gallo cantaría en la conversación.» Sí, de acuerdo, así es; aunque hayan empleado a veces idiotismos (o al menos giros coloquiales) menos anticuados en la conversación, al recitar los textos latinos no los habrían usado en absoluto, limitándose estrictamente al vocabulario de los textos. De la sección anterior se desprende que lo que dice Gil aquí concuerda exactamente con lo que vengo insistiendo en mis transcripciones y comentarios desde hace muchos años.

Pero da la casualidad de que he omitido aquí una parte de la cita. En la frase anterior a esta cita, Gil se refiere a Wright; y en su totalidad, lo arriba citado reza así: «Pero aunque no sepamos cómo pronunciaban el latín los pre-

²⁰ «El latín tardío y medieval (siglos VI-XIII)», *Historia de la lengua española*, ed. Rafael Cano, Barcelona, págs. 149-82, especialmente pág. 151.

lados de Hispania, se me hace muy cuesta arriba pensar, como propone el erudito inglés, forzando extremosamente ideas de Bastardas, que la Iglesia visigoda, la más letrada de Occidente, incurriera al recitar textos latinos en los idiotismos de la lengua vulgar; otro gallo cantaría en la conversación». Es decir, me atribuye una perspectiva diametralmente opuesta a la que tengo en la realidad. Conste que Gil y yo estamos de acuerdo en esto (y en casi todo). No sé por qué cree Gil que yo pienso que los visigodos habrían sustituido idiotismos vulgares en la lectura de textos, porque no hace el favor de indicar a los lectores de su capítulo una referencia bibliográfica en la que puedan leer lo que dice Wright sobre tal posibilidad. No lo hace, y no podría hacerlo, porque no he dicho nunca tal cosa. Tampoco indica dónde dice Bastardas lo que aquí se le atribuye. No es muestra de hostilidad personal, claro.

Unas páginas después, en el mismo volumen, se lee en la contribución de Manuel Ariza²¹: «... salvo que consideremos que una forma como *fidelitermente* sea el disfraz de la romance *fielmente*, o que *uxor* sea el disfraz de *mujer*, como quiere Wright». Supongo que Ariza se refiere con estas palabras a mi estudio de Huelva²², porque éste tiene la palabra «disfraz» en su título. No se puede estar seguro de esto ya que ni siquiera aquí se incluye referencia bibliográfica alguna; pero ni allí ni en ninguna otra parte he escrito nunca nada sobre estas cuatro palabras, y no sé en qué puede estar pensando. En este apartado Ariza viene considerando «cartularios y colecciones documentales» anteriores a la «época de Berceo»; considerándolas ahora por primera vez, diría que leyendo la palabra *uxor* de un texto escrito la habrían pronunciado [ofór]; y que escribiendo quizás habrían preferido, para representar este contenido semántico, según el registro, emplear la forma escrita *uxor* en vez de *mulier*, aunque esta palabra (*mulier*) sí se escribía a menudo sin problemas. Pero eran dos lexemas distintos. No habrían escogido *uxor* para disfrazar a *muger*, ni siquiera para disfrazar a *mulier*. Wright no ha querido nunca, ni quiere ahora, lo que Ariza dice que quiere. Concretamente, si queremos referirnos a disfraces, se puede tal vez decir que la forma *mulier* habría sido el disfraz escrito de /muzér/. Pero *muger*, siendo forma escrita, no existía, ni siquiera en disfraz, antes de la introducción de la nueva escritura romance.

No valdría la pena mencionar esto si no me hubiera dado cuenta de que mucha gente cree que yo pienso así. Cabrera²³, por ejemplo, en un estudio por

²¹ «El castellano primitivo: los documentos», *Historia de la lengua española*, ibíd., págs. 309-324, especialmente pág. 317.

²² «La escritura...», cit.

²³ Carlos Cabrera, «Reflexiones sobre el sistema gráfico avulgarado de los textos primitivos leoneses», *Estudios de grafemática en el dominio hispano*, ed. José Manuel Blecua et al., Salamanca, 1998, 9-23, esp. pág. 19.

lo demás de mucho valor, nos cita a Robert Blake y a mí como los autores de esta idea, cuando sólo tiene razón en cuanto a lo que dice Blake. Blake, sí, ha escrito sobre tales «traducciones léxicas»²⁴; y también Emiliano ha dicho esto en una contribución interesantísima en la que me critica precisamente por no pensar así²⁵; yo no. Pero en el reciente Congreso Internacional sobre los Orígenes del Español, celebrado en Burgo de Osma en octubre de 2004, oí decir lo mismo, más de una vez: oí decir que Wright cree que en la época de orígenes los documentos se habrían leído reemplazando palabras anticuadas con vocabulario nuevo. Pero no lo he dicho nunca, nunca. Y no me lo explico en absoluto. Los especialistas que se tomen la molestia de leer lo que escribo verán que mis muchísimas transcripciones conjeturadas siempre, pero siempre, se limitan a las palabras textuales. Ha crecido un error extravagante, y quiero desterrarlo.

LA LECTURA DE LAS GLOSAS RIOJANAS

De paso, quisiera indicar que ésta —creo— es la primera vez que he usado la voz castellana *extravagante* en una contribución escrita. Lo recalco porque en uno de sus estudios de la *Historia* ya referida, José Jesús Bustos Tovar²⁶ dice así: «De <extravagante> califica Wright (1986) la idea de que las Glosas de San Millán y de Silos pudieran tener como finalidad la enseñanza del latín». Bustos Tovar me hace el honor de indicar en su bibliografía dónde Wright habría escrito esto: «Wright (1986)» es la pequeña conferencia que di en el XVII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas en Aix-en-Provence en 1983. Habiéndola olvidado, he vuelto ahora a leerla. La palabra *extravagante* no aparece allí en absoluto. El profesor Bustos Tovar tiene razón, sin embargo, en general, porque esto sí es más o menos lo que creo. Si de veras se escribieron aquellas glosas para enseñar el latín, como sugiere Bustos Tovar (y otros), no entiendo por qué más de la mitad de éstas se escribieron en un latín tan deliberadamente erróneo, tan a sabiendas incorrecto e incluso excéntrico, por no decir extravagante. Se ha discutido mucho la lengua en que se escribieron (véase la conclusión de Wright²⁷, de que están en un re-

²⁴ Robert Blake, «Tracing the development of Old Spanish», *Linguistic Perspectives on the Romance Languages*, ed. William J. Ashby, Amsterdam, 1993, págs. 363-75.

²⁵ «Latín y romance y las Glosas de San Millán y de Silos: apuntes para un planteamiento grafémico», *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano*, vol. I, Lingüística, ed. Ralph Penny, Madrid, 1993, págs. 235-244, en la pág. 239.

²⁶ «Las Glosas emilianenses y silenses», *Historia de la lengua española*, cit., pág. 302, nota 18.

²⁷ «Problemas que suscitan las glosas emilianenses y silenses», *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, ed. Claudio García Turza, vol. II, Logroño, 1999, págs. 965-73.

gistro del iberorromance), pero todos estarán de acuerdo con el llorado profesor Emilio Alarcos Llorach²⁸ cuando describe la lengua de estas glosas sencillamente como «algo que no es latín». No sé cómo se enseña latín usando algo que no lo es.

Y los textos glosados tampoco son textos escolares. Son un penitencial y unos sermones. Son, por eso, textos que se leían en voz alta. Así que aquí vienen muy al caso. En mi pequeña contribución de 1986 a la que se refiere Bustos Tovar (escrita después de Wright 1982, aunque publicada antes de Wright 1989) sugerí, de manera muy provisional, que las glosas riojanas que tienen forma gráfica inusitada, y/o morfología evolucionada, las que son deliberadamente «incorrectas» desde la perspectiva de la todavía vigente norma antigua estandarizada, se habrían escrito de una manera así de revolucionaria para ayudar a un lector que quisiera después leerlas en voz alta. Sigo pensando que la intención de ayudar a una lectura oral tiene que ser la explicación menos insatisfactoria de la extrañamente nóvedosa forma de muchas de estas glosas; pero ahora me parece más posible que el glosador las haya añadido de una manera tan poco formalizada para ayudarse a sí mismo (cuando los leyera luego). En Aix había sugerido que a lo mejor esas formas se habrían destinado a ayudar a un extranjero, quizás francés o provenzal, que ya sabía leer pero que no sabría sin esa ayuda leerlo de una manera que se entendiera en la Rioja. No lo sugerí sencillamente porque yo estuviera hablando en Francia (como se me ha sugerido); era una posibilidad genuina, y sigue siéndolo.

Aquellas glosas, como sabemos ya (que no antes), se escribían bastante avanzado el siglo XI, al parecer en la década de los 1070. Es la misma década de la llegada a la Rioja, a Navarra y a Aragón, del rito romano, y de los monjes franceses que llegaron con el rito para enseñarlo a los riojanos, navarros y aragoneses que no supieran leerlo ni cantarlo sin esa ayuda. A lo mejor la clave se encuentra aquí²⁹. Todo el rito, desde luego, tenía que leerse y cantarse con las exactas palabras textuales. Pero desde esa década tenía que leerse de una manera nueva; al menos en principio, tenía que leerse de la manera fonográfica, en que cada letra escrita tenía que venir representada en la producción oral (un procedimiento poco natural que yo, al menos, creo que sería nuevo). Esto se entiende bien ahora; no voy a volver a hacer hincapié aquí en lo novedoso y difícil (por no decir extravagante) que este procedimiento debe de haberles resultado los hablantes del iberorromance en la Rioja, Navarra y Aragón, y luego después de 1080 en Castilla, León y Galicia, ya acostumbrados a leer en voz alta mediante el proceso descrito al principio de estas páginas.

²⁸ *El español, lengua milenaria*, Valladolid, 1982, pág. 10.

²⁹ «Problemas...», art. cit., nota 22, y en prensa mi contribución al congreso de Osma.

Había sido difícil también en la Galia carolingia, a principios del siglo IX. Allí se dieron cuenta casi en seguida de que tales lecturas alfabéticas nuevamente estandarizadas no eran muy inteligibles, de modo que decidieron pronunciar las homilias, que por su misma naturaleza querían que entendiera el público, de la manera *rustica romana* normal, como indican las instrucciones que conocemos todos los romanistas y a las que me referí aquí arriba, al citar el Canon 17 del Concilio de Tours de 813, repetido en Mainz en 847. En efecto, parece que con esa decisión pedían que el lector de las homilias, una vez reconocida la palabra textual, volviera a acudir a la información fonológica normal y vernácula de la entrada léxica de aquélla, en vez de utilizar la nueva competencia fonográfica introducida por el nuevo sistema.

Ahora parece cierto que las glosas riojanas se escribieron durante los mismos años de la introducción del mismo rito a que se refieren los canones del Concilio de Tours; y coincidiendo con la presencia de monjes franceses que lo conocían bien. Éstos también conocían ya la técnica de la nueva escritura romance francesa, que ya se usaba bastante para aquellos años.

No hay que olvidar que muchas de las glosas de estos dos manuscritos, y casi todas las glosas de los otros manuscritos de la época, se escribieron de la manera normal, estándar, anticuada. Eso no había sido antes óbice para que se hubieran leído de la manera normal vernácula evolucionada, sin embargo. Los monjes riojanos, si querían leer las glosas, incluso si las querían leer en voz alta, habrían encontrado más fácil su lectura al tener ante los ojos la forma que conocían, por muy anticuada que fuera, y distinta de la que habría sido una eventual transcripción fonética. Los castellanos de hoy leen con más facilidad *hallábais* que la misma palabra escrita en un alfabeto fonético, o en el alfabeto romano adaptado al fonetismo (tal como *azhavajh*, por ejemplo); y como vimos arriba, no la leemos [hallábais], porque hemos aprendido a leer. Las formas escritas normativas son las que reconocemos con más facilidad, y las que nos conducen más rápidamente por el camino para encontrar la entrada léxica dentro de nuestro léxico mental; la que, como vimos, nos indicará tanto su significado como su fonología, y de allí la fonética que deberíamos usar leyéndola en voz alta. Ni *azhavajh* ni la forma escrita «[aʒáβajh]» (escrita, a diferencia de la forma oída) tendrían esa consecuencia. Así un riojano de los 1070 habría reconocido *tu ille ipse* mejor que lo que se escribió como glosa en su manuscrito, *tueleisco* (*Em.*138); *sedeat* mejor que lo que en efecto se lee en algunas glosas, *siegat* (*Sil.*29, 331, etc.); *quod est* mejor que lo que se encuentra, *ke jet* (*Sil.*272), etc., etc., por el mero hecho de haber aprendido a leer. (Si no hubiera aprendido a leer, no habría conseguido leer ninguna de estas alternativas.) Eso es, que en general tales formas de inspiración fonética-fonográfica, tales como *tueleisco*, *siegat*, *ke jet*, *azhavajh*, etc., no ayudan gran cosa al lector.

Así que se nos deja preguntando, ¿por qué se tomaron la molestia de escribir de una manera tan nueva? Y lo único que pude sugerir en 1983³⁰ era que dentro del nuevo contexto, en que las técnicas del nuevo latín medieval francés se las enseñaban monjes franceses, uno de éstos había querido usar la nueva técnica alfabética fonográfica (que ya conocía del romance escrito francés) para asegurarse de cómo leer ese texto a un público de habla iberorromance. Me inspiraba allí en el único contexto moderno que se parece a estas formas escritas; son los libros de frases que se preparan para el uso de los turistas, en los que las palabras de una lengua que no conoce el lector se escriben con un sistema fonográfico que éste sí conoce (siendo el de su propia lengua) para que éste tenga la posibilidad de leerlas según el sistema que ya conoce de correspondencias entre letra y sonido, y así resulten inteligibles (si es que así resulta). Sugerí entonces que el invitado francés habría tenido esta posibilidad, leyendo las glosas escritas de una manera parecida a la que ya había visto antes en el romance escrito francés.

No convencí. Hay tantas glosas que no se escriben de esta manera nueva, y tantas variaciones formales de una misma palabra, que esta técnica no habría funcionado bien para tal fin, como se me ha indicado. Y más probable, me parece ahora, es que aquí se trate de algo menos estructurado, más *ad hoc*, menos sistemático; que, al menos al principio, el monje glosador haya escrito sus glosas para ayudarse solamente a sí mismo. Escribiendo para nosotros mismos, no tenemos que seguir ningún sistema si preferimos hacerlo así. Nadie más lo va a ver, que sepamos. (Sugerí lo mismo después de investigar detalladamente dos composiciones extrañas del llamado *Misal de Bobbio* de c. 700³¹). Y en tal caso, aunque otros vean luego lo que hemos escrito, y les guste tanto como para que quieran copiar nuestras anotaciones con su texto —que esto es lo que pasó con las *Glosas Silenses*— sigue siendo cierto que no habíamos tenido la intención de que esto sucediera. Y en cuanto a su lectura oral, vale la pena indicar que, si de veras son anotaciones que hizo el monje glosador para ayudarse a sí mismo en una lectura oral subsecuente, la falta de regularidad en distintas formas del mismo lexema (un problema difícil para todas las explicaciones alternativas) no importa en absoluto. Tanto la forma *corpora* (*Sil.62*) como la forma *cuerpos* (*Sil.327*) podía indicarle la misma entrada léxica; tanto *quomodo* (*Em.25, 50, 52, 83*) como *quemo* (*Em.115, dos veces*); tanto *uemne* como *uamne* y *huamne* (*Em.130, 68, 128*) le conducirían al mismo sitio de su

³⁰ «La función de las glosas de San Millán y de Silos», *Actes du XVII^e Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, vol. IX, Aix-en-Provence, 1986, págs. 211-19.

³¹ «The Language of *De Dies Malus* and the *Joca Monachorum* in the Bobbio Missal», *The Bobbio Missal: liturgy and religious culture in Merovingian Gaul*, ed. Yitzhak Hen y Rob Meens, Cambridge, 2004, págs. 124-39.

léxico mental; y allí, una vez que el lector ha conseguido la entrada léxica, encontraría la información fonológica que le indicaría la producción vernácula, si era ésta la que después iba a querer pronunciar cuando fuera a leer el texto más tarde para algún oyente.

Si era así, estas formas escritas, tan aleccionadoras para nosotros, no eran en principio nada más que el capricho experimental y poco sistemático de un monje que se habría encontrado, a lo mejor en aquella década por primera vez, con la escritura fonográfica, tanto del nuevo latín medieval del rito romano como del romance escrito francés. Siempre hay que tener en cuenta que el monje glosador no sabía lo que iba a pasar más tarde. Sabemos nosotros que luego se inventarían las técnicas más sistemáticas de la escritura que llamaría Berceo *romanz* y que llamaríamos nosotros el iberorromance escrito. Y estas glosas pueden haber sido el primer paso o uno de los primeros pasos, en el camino que conduciría más tarde a tal novedad. Él no lo sabía.

EL SIGLO XII

Entre la época de las Glosas y la de la invención y la generalización de la escritura iberorromance hay más o menos un siglo de variación textual dentro de la Península: el siglo XII. He trazado la variación del siglo XII en varios estudios recientes que no repito aquí³²; algunos textos, escritos en centros que ya conocían las reformas (por ejemplo, Santiago de Compostela), se habrían leído de la nueva manera fonográfica, la manera en que todos leemos el latín ahora, dondequiera que estemos, ya que desde el Renacimiento de ese siglo XII el latín nos resulta lengua muerta y no nativa, para todos. Otros textos, los que tenían morfosintaxis y vocabulario vernáculos aunque siguieran con la ortografía tradicional, se leían todavía con las palabras textuales pronunciadas con su fonética normal, como antes; como dice Ariza³³, yo también «soy de los que piensan que una gran cantidad de la documentación medieval escrita en latín refleja la sintaxis castellana», aunque no me limitaría en esto a Castilla como se limita Ariza, y diría más bien «romance» o «iberorromance»; y diría que allí se suele encontrar el vocabulario romance a la vez. Pero, si la documentación representa la sintaxis romance, ¿por qué la llama Ariza «escrita en latín»? Porque la lengua se suele definir según su ortografía, nada más. Incluso en el siglo XII. Sorprende, cuando los lingüistas en general no dirían que la ortogra-

³² «La sociolingüística y la sociofilología del siglo XII», *Libros y documentos en la Alta Edad Media*, ed. Carlos Sáez, Alcalá de Henares, 2002, págs. 15-38; «La representación escrita del romance en el Reino de León, 1157-1230», *Los orígenes del romance en el reino de León, siglos IX-XII*, ed. José María Fernández Catón, León, 2004, págs. 273-294.

³³ «El castellano primitivo...», cit., pág. 310.

fía tiene mucha importancia, pero los romanistas han tenido la costumbre de definir la lengua de los textos que estudian según la ortografía en que se escriben, sea como sea su morfosintaxis y su léxico.

En poco tiempo se iba a inventar una (o más de una, si se quiere) ortografía iberorromance. Pero hay que tener en cuenta que la lectura oral del segundo tipo arriba expuesto, la de antes de la reforma gregoriana y cluniacense, debe de haber seguido pareciéndoles mucho más fácil durante muchas décadas. Aunque no sea una transcripción directa de lo que decían, *facit* habría sido más fácil de reconocer, y de ahí a conseguir la entrada léxica y después leer como [hadze], en los siglos XII y XIII, que ninguna nueva forma escrita experimental (tal como *faze*) que el lector no hubiera visto antes; igual que *hace*, que conduce hoy día al lector a la entrada que a su vez le conduciría a [áðe] o a [áse], mientras que una forma escrita reformada *aðe* le dejaría algo perplejo.

LA LECTURA, EL HABLA, Y EL LÉXICO

Como dije al principio de estas reflexiones, la relación que existe entre un texto y el habla es una cosa, y la que hay entre el texto y su lectura oral es otra. Y a veces se distinguen bastante. El registro legal ejemplifica esto bien, tal vez mejor que ningún otro registro. En cualquier época, un testamento, por ejemplo, habrá tenido una etapa inicial hablada, presentada en forma oral por el aparente autor, para que el notario sepa lo que tiene que incluirse. En todas las sociedades, parece, es luego normal que el notario alce, o al menos que formalice, el registro de lo que oye, manteniendo la semántica. Pasó así en la época de orígenes igual que en cualquier otra. Quizás, refiriéndonos a esta formalización del registro, podríamos sugerir que el texto del notario puede haber «disfrazado» algunos de los rasgos de la versión hablada que antes se le presentó. Pero aquí nos las tenemos con las relaciones entre la versión escrita y la versión inicial, presentada mediante un estilo y registro hablado; que no es la misma que la relación entre el texto y la lectura subsecuente. Con Dworkin, y con Ariza, no creo que ningún lector subsecuente, ni mucho menos el notario, hubiera leído *uxor* como [mužér]; pero es muy posible, sin embargo, que la deposición original hablada hubiera incluido la forma [mužér] y que el notario luego hubiera formalizado el registro para presentar la palabra sinónima *uxor* en su versión escrita. No es que, en tal caso, *uxor* sea «disfraz» de [mužér]; ni mucho menos de *muger*, claro, ya que ésta es una forma escrita que no creo que se haya usado mucho (o tal vez nunca) dentro de los testamentos escritos del siglo XII; los dos seguían siendo lexemas distintos con entrada léxica distinta, a pesar de encontrarse en la misma sección del léxico mental. No es aventurado en absoluto sugerir que una forma leída [ofoɾ] se

habría entendido: Berceo escribe *uxor* dos veces en posición de rima (*Sacrificio de la Misa 44d*, *La Vida de Santo Domingo de Silos 301c*), y la palabra existía en el romance escrito del otro lado de los Pirineos (escrita *oisor* en Provenza); hasta lo comenta Dworkin³⁴.

De ahí que lo que sucede cuando un texto ya escrito se lee oralmente no es el mero retroceso de lo que pasó antes durante la conversión de la versión oral en el registro formal escrito. Las diferencias se presentan en todos los niveles, incluso el fonético, pero más en la morfosintaxis y en el vocabulario. El estudio general de todo esto se ha emprendido ya, claro; el estupendo libro de Claire Blanche Benveniste, por ejemplo, ya traducido al castellano³⁵, merece estudiarse a fondo hasta entre los especialistas de la diacronía; y también la valiosa colección de *Estudios de Grafemática en el dominio hispano*³⁶, que parece que no se conoce muy bien. Varias contribuciones de este libro nos ayudan en el estudio de este tema con referencia a la época de orígenes, aunque allí, desde luego, éstas no se enfocan directamente en la vertiente léxica de la cuestión (como allí reconoce Penny³⁷). Pero ni siquiera en este volumen se ha recalcado con gran claridad el detalle en el que quiero insistir al final de estas páginas, y en el que no me expresé con suficiente claridad ni en mi primer libro³⁸, ni en mi contribución a la *Grafemática*³⁹: que si queremos distinguir netamente entre el registro oral y el escrito, entonces la lectura oral forma una parte especial del registro escrito, no del hablado, tanto hoy como hace mil años.

³⁴ Art. cit., pág. 492.

³⁵ *Estudios lingüísticos sobre la relación entre oralidad y escritura*, Barcelona, 1998.

³⁶ José Manuel Blecua et al. (eds.), *Estudios de grafemática en el dominio hispano*, Salamanca, 1998.

³⁷ *Ibid.*, pág. 220.

³⁸ *Latín tardío...*, págs. 166-67 de la versión inglesa y 251-53 de la española.

³⁹ «Cambios lingüísticos y cambios textuales», *Estudios de grafemática en el dominio hispano*, ed. José Manuel Blecua et al., Salamanca, 1998, págs. 303-08.